

BICHARA KHADER

La primavera árabe: el día después

Traducción de Fabián Chueca

El detonante de la primavera árabe fue la inmolación de Mohammad Buazizi el 17 de diciembre de 2010. A partir de ese momento, todo un pueblo se puso en marcha sin temor, sin líderes, sin control de ningún partido político. Una vez derribado el muro del miedo, la dictadura se desplomó. El 14 de enero de 2011, Ben Ali huye. El 25 de febrero le toca el turno a Mubarak, apodado injustamente, «faraón de Egipto». Varios meses después, Gadafi es ejecutado. En Yemen, Ali Saleh resiste a la tempestad, pero se ve obligado a renunciar y viaja a EE UU (¿extraño?) para un exilio médico. Bachar el Asad reprime a discreción, pero está con el agua al cuello. En Bahreín, la monarquía suní minoritaria debe su salvación únicamente al apoyo de las otras petromonarquías y a la complacencia de EE UU, que disponen de una gran base naval en el país.

El brusco surgimiento del hecho revolucionario fue la respuesta de las sociedades civiles árabes a decenios de derivas autoritarias. Brusca conmoción, en efecto, pero no se trata de un meteorito que haya caído por casualidad en un banco de hielo. Aun siendo imprevista en cuanto a la forma que adoptó, no por ello la conmoción era menos previsible. Existían precedentes en contextos distintos: la intifada palestina en 1987, la primavera argelina de 1988, la primavera tunecina en torno a 1990, la primavera de Damasco a principios de 2000, la apertura parlamentaria kuwaití. Pero ningún precedente dio lugar a semejante “tsunami” político, a semejante convulsión. Atribuir todo esto a los “vientos de la globalización”, las redes sociales y las cadenas de televisión por satélite sería insuficiente, por más que todo ello haya influido en la amplificación del fenómeno. Más trascendental, a mi juicio, ha sido el desgaste de la lógica autoritaria, o mejor dicho su deriva predadora y dinástica.

Algunos países parecen ser por el momento la excepción. Las monarquías petroleras cuentan con los petrodólares para comprar el silencio de su población (¿pero por cuánto tiempo?). Las monarquías no petroleras (Jordania y Marruecos) cuentan con sus títulos de nobleza, pero se ven no obstante obli-

Bichara Khader es director del Centro de Estudios e Investigación sobre el Mundo Árabe Contemporáneo Universidad Católica de Lovaina

Panorama

gadas a abrir el sistema político de forma controlada. Argelia se protege detrás del biombo del ejército, detrás de los fajos de petrodólares, pero también detrás de la acumulación de recuerdos trágicos de una guerra civil que se cobró más de 150.000 muertos en la década de 1990.

Un año después del comienzo de las revueltas democráticas árabes, es sin duda demasiado pronto para elaborar un primer balance, pues continuamos inmersos en plena fiebre revolucionaria y la situación está lejos de haberse estabilizado. Además, este texto se limita a esbozar un panorama de las evoluciones de la escena política árabe desde hace un año y a reseñar los primeros logros de lo que se ha dado en llamar la «primavera árabe».

El mundo árabe ha entrado en ebullición

Túnez señaló el camino a unos países árabes en los que nunca un jefe de Estado había sido derrocado por su pueblo. Ha habido golpes de Estado, sí, pero eran golpes de fuerza militares que se anunciaban en «comunicados lacónicos», sin la menor participación popular. Estaba también el precedente de Sadam Husein, pero su captura fue obra de las fuerzas de invasión y su juicio se asemejó a un simulacro y produjo en las sociedades árabes más bien desagrado y un efecto potenciador.

No es un efecto dominó cuya primera pieza en caer ha sido Túnez. Tampoco se trata de un efecto contagio, sino sin duda de un efecto de demostración, casi de ejemplaridad. Porque si bien los males son comunes a todos los países árabes, son diferentes la historia, la geografía, la geopolítica de cada país, así como los marcos nacionales y estatales, y sobre todo el papel del ejército en cada uno de ellos. Pero, al derribar el muro del miedo, Túnez ha demostrado la fragilidad intrínseca de los sistemas autoritarios. Si los tunecinos han podido hacerlo, los otros árabes también pueden, recuperando de este modo un eslogan electoral de Barak Obama: «Yes, we can», coreado en la plaza Al Tahrir.

Y así, en menos de un año, las escenas políticas árabes se han visto trastocadas. El estatus internacional de Oriente Medio y los modos de articulación árabe en el sistema internacional se han visto desbaratados. Las grandes potencias, que hasta hace tan poco tiempo eran las que imponían su criterio, son sacadas de los espacios de contestación, pierden sus intermediarios regionales y ven cómo su influencia sobre la región se atenúa. En contra de la teoría conspiracionista, los acontecimientos que agitan la región árabe son endógenos y no están teledirigidos desde el exterior.

Esto abre ventanas de oportunidad para las potencias regionales como Turquía, que recupera la iniciativa y trata de labrarse un papel en la región a la medida de sus ambicio-

nes. Irán se ve afectado naturalmente por la primavera árabe y se siente a la defensiva frente a un mundo árabe suní que se sacude su letargo y se afirma más.

En el interior del mundo árabe, se han vuelto a repartir las cartas: Siria e Irak, doble pilar del sistema regional del Mashrek, están fuera de juego. Irak, arruinado por la invasión estadounidense, minado por las divisiones comunitarias y dominado por un chiísmo revanchista, está lejos de haber recobrado la estabilidad. En cuanto al régimen sirio, hace frente a una revuelta popular sin precedentes y el régimen de Bachar el Asad parece estar en las últimas y sin medios. Egipto, otro de los centros de gravedad del sistema regional árabe, atraviesa una fase difícil de recomposición del sistema político y de reactivación económica y, por el momento, está más preocupado por la estabilización de su escena interior.

Curiosamente, la primavera árabe está reforzando el polo conservador en el mundo árabe: el polo saudí. Riad parece eclipsar hoy a las tres antiguas capitales califales árabes: Damasco, Bagdad y El Cairo. Pero Arabia Saudí está condicionada por su rigorismo religioso, lo que la enemista con las corrientes modernistas y laicas del mundo árabe, y está demasiado alineada con EE UU, lo que la enemista con los nacionalistas y con las corrientes de izquierda. En una palabra, es demasiado conservadora para convencer y demasiado apegada a EE UU para ser amada.

Arabia Saudí es rica, pero ¿es esto un factor de poder? Los petrodólares proporcionan influencia (*al nufudh*), pero no confieren liderazgo (*al qiyadah*), si por liderazgo se entiende la aptitud para ser una locomotora regional, capaz de allanar las discrepancias interestatales, de indicar la dirección a seguir, de sugerir líneas de conducta de ámbito regional y de imponer respeto a los actores regionales e internacionales. En última instancia, mucho más emprendedor es el pequeño emirato de Qatar, gracias a una gesticulación diplomática permanente, una presencia en todos los frentes (desde el patrocinio de equipos de fútbol hasta la participación –aunque sea simbólica– en la campaña militar de la OTAN en Libia) y la puesta a su disposición de esa fuerza de choque mediática que es Al Jazira.

La era constitucional

El final de algunas dictaduras inaugura una nueva era constitucional. Desde hace un año, las constituciones han sido revisadas o están a punto de serlo. Es una prioridad de todos los nuevos Gobiernos ya que, como recuerda Chibli Mallat, las constituciones son «contratos sociales que reúnen las expectativas del pueblo en un texto que impone el espíritu del nuevo régimen construido sobre las ruinas del antiguo».¹ En todas partes se intenta afirmar

¹ C. Mallat, «Revolución en Oriente Próximo, Toma 2: era constitucional», en *Afkar/Ideas*, nº 31, otoño de 2011, p. 22.

Panorama

la separación de poderes, el respeto de los derechos humanos, la duración del mandato presidencial, la independencia de la justicia, etc.

El primero que reaccionó ante la primavera árabe fue el rey de Marruecos, que en su discurso del 9 de marzo de 2011 anunció una reforma constitucional. El momento elegido para el discurso no fue fortuito: se trataba de segar la hierba bajo los pies de quienes protestaban y de neutralizar la revuelta del 20 de febrero reconociendo la pluralidad cultural y lingüística del país, prometiendo ampliar los poderes y las competencias del primer ministro y del Parlamento y haciendo un llamamiento a profundizar en la reforma de la justicia. ¿Maniobra o auténtica voluntad de modernizar el país? En Marruecos siempre ha habido puntos de vista divergentes y un interesante debate sobre esta cuestión. Para los partidarios del rey, se trata de un avance significativo en el camino de la modernización del país. Para los detractores, es una constitución «otorgada», a semejanza de las otras constituciones (de 1962, 1970, 1972, 1992, 1996) y, además, no afronta las prerrogativas políticas ni los privilegios económicos del Majzén.

Si me detengo en el caso de Marruecos es porque resulta emblemático de las transacciones entre bastidores, las presiones ocultas y las maniobras del Majzén, que sigue siendo el verdadero poder del país. Pero también porque Marruecos es revelador de la nueva era abierta por la primavera árabe: la pasión por las reglas constitucionales que deben regir el espacio político. Hay que recordar que de los 13.449.495 electores y electoras marroquíes, el 73,49% participaron en el referéndum del 1 de julio de 2011, es decir, 8,4 puntos más que cuando se votó sobre la constitución de 1996.²

Túnez y Egipto han emprendido sendas revisiones constitucionales. Pero si bien en Marruecos los desafíos constitucionales se articulan en torno al papel del Majzén en la vida política y económica del país, en otros países, como en Egipto, esos desafíos se articulan en torno al papel de la religión y del Estado, el lugar del ejército en el nuevo sistema político, la elección del régimen presidencial o parlamentario y la consagración del carácter no confesional del Estado egipcio.

Consultas electorales: victorias de los partidos islamistas

En los últimos doce meses han tenido lugar una serie de consultas electorales. Las elecciones celebradas en Túnez, Egipto y Marruecos han pronunciado su veredicto. Los partidos islamistas se han erigido en vencedores de las primeras elecciones libres. Lo mismo sucederá, sin duda, en Libia, Yemen y Siria cuando tengan lugar las siguientes citas electorales.

² B. López: «Marruecos: una Constitución para la continuidad», *Afkar/Ideas*, nº 31, otoño de 2011, p. 34.

Para Occidente, que siempre ha preferido tratar con las dictaduras, que supuestamente constituían murallas contra la «marea» islamista, la sorpresa ha sido mayúscula, no tanto por el avance de las esferas de influencia de los Hermanos Musulmanes, sino sobre todo por la magnitud de su victoria, duplicada en el caso de Egipto, intermediario de Occidente en la región, por la notable entrada en escena del partido salafista egipcio, Al Nur (La Luz). Con el 47% de los votos para el Partido Justicia y Libertad (vinculado a los Hermanos Musulmanes) y el 21% para Al Nur (salafista), los dos partidos islamistas se llevan el gato al agua en la Asamblea egipcia con el 68% de los escaños.

Si en la primavera árabe se observa una vuelta de lo religioso,
es simple y llanamente «en forma de cuestión identitaria»

Así pues, la primavera árabe vira al verde, color de los partidos islamistas. Tanto si esto nos alegra como si nos preocupa, no cambia en nada la partida. Una cosa es cierta: por primera vez desde hace 60 años, los árabes pueden, por fin, ejercer su derecho de voto con total libertad y sin conocer de antemano los resultados del escrutinio. Se ha pasado para siempre la página de las elecciones presidenciales en las que un Ben Ali o un Mubarak se proclamaban vencedores con el 99,99 % de los votos. Este es el principal motivo de satisfacción.

¿A qué viene entonces esta letanía de lamentaciones acerca del «invierno islamista» que sustituiría a la «primavera árabe», sobre todo en los medios de comunicación europeos? Además de su carácter desmesurado, esta preocupación remite a una lectura que se limita a mantener los miedos y a reactivar los viejos clichés relativos a la «amenaza del islam». Remite, asimismo, a lo que Patrick Haenni califica de «curiosa ceguera sociológica»³ que aqueja estructuralmente al pensamiento occidental, incapaz de interpretar las dinámicas sociales y políticas de las sociedades árabes. Hay que recordar que si bien el Corán es único, los países musulmanes son diversos entre sí y en el interior de cada uno de ellos. En efecto, no puede haber islam sin el Corán, pero, a la inversa, «no puede haber Corán sin musulmanes que lo lean, lo interpreten y traten de trasladarlo a instituciones y realidades sociales».⁴

En realidad, para quienes siguen de cerca las evoluciones de las sociedades árabes (las evoluciones históricas, demográficas, educativas, económicas y sociales), no cabía la menor duda de que los islamistas iban a arrasar. Su victoria estaba grabada en piedra.

³ P. Haenni: «Le rôle des islamistes dans les révolutions arabes», *Esprit*, diciembre de 2011, p. 128.

⁴ E. Said, *Cubriendo el islam*, Debate, Barcelona, 2005, p. 157.

Panorama

Porque en las dictaduras, donde el sistema político está fiscalizado, donde el mercado político está dominado por el Partido único, donde las organizaciones de la sociedad civil están controladas, amordazadas y reprimidas, los partidos islamistas son la única alternativa creíble. Y ello por varias razones:

- a) Estos partidos han sido históricamente la punta de lanza de la oposición clandestina o semiclandestina, y sus militantes han conocido la pena de muerte o la cárcel, han sufrido la tortura y el exilio. Se les llama partidos de los torturados y los exiliados, aun cuando a veces se hayan beneficiado de cierta indulgencia por parte de los regímenes.
- b) Estos partidos han estado presentes en todo el territorio nacional y por ello se han ganado no solo una visibilidad real, sino también un reconocimiento sincero. Tanto en las ciudades como en el medio rural, están cerca de la población, más al tanto de sus problemas, más consagrados a su servicio, más dispuestos a acudir en su auxilio. En todas partes sus asociaciones de beneficencia y sus redes de ayuda mutua paliar la ausencia y las carencias del Estado. Para la población representan lo «auténtico y endógeno». No reciben ayuda de los países occidentales, sino de los países musulmanes ricos o de musulmanes acomodados. Y ni que decir tiene que si Arabia Saudí se muestra generosa con ellos, no es desde luego por hacer proselitismo de la modernidad.
- c) Estos partidos tienen en su haber una imagen positiva de honestidad frente a regímenes corruptos hasta la médula y de solidaridad ante las derivas no igualitarias.
- d) Estos partidos están dotados de una organización, una disciplina y una capacidad de movilización sin parangón. Hay que reconocer, sin embargo, que disponen de miles de discretas antenas electorales, a través de la red de mezquitas, lo que aumenta aún más su presencia y su eficacia. Frente a ellos, lo que se llama «la esfera de influencia modernista y laica» ofrece un espectáculo desolador de fragmentación, división y a veces, en algunos de sus líderes, de «ego» sobredimensionado. Presente sobre todo en las ciudades y en los medios cultivados y más bien de clase media, se la percibe como una alternativa elitista, snob, autora de «bonitos discursos de salón», que nunca ha puesto los pies en los barrios en deterioro y habla un lenguaje casi hermético y, en todo caso, incomprensible para la mayoría de los egipcios, casi el 40% de los cuales son analfabetos.

La victoria de los partidos islamistas parece contradecir el pronóstico de los expertos, como Olivier Roy, que ya en 1992 predijo el «fracaso del islam político».⁵ Roy reseñaba el cambio del paradigma demográfico (una generación autónoma, liberada de los vínculos familiares), el abandono del modelo colectivo y de las solidaridades primigenias y de clan, el proceso de individualización, sobre todo gracias a las nuevas tecnologías, la erosión de las ideologías globalizantes (panarabismo, panislamismo, etc.), la reafirmación del Estado-nación y la autonomización del campo político en el que la sharía carece de sentido como ley del Estado.

⁵ O. Roy, *L'échec de l'Islam politique*, Seuil, Paris, 1992.

Si todas estas evoluciones son reales, ¿cómo se explica la victoria de los partidos islamistas? Respondiendo a esta pregunta en un artículo reciente, de 2011,⁶ Olivier Roy la atribuye al cambio incluso del paradigma religioso. Para apoyar su argumento, sostiene que los dirigentes islamistas –y pone el ejemplo de Rachid Ghannouchi, dirigente del partido tunecino Al Nahda– se han visto obligados a poner en tela de juicio su «modelo ideológico inoperante», a través de la práctica política (alianzas políticas, debates constitucionales, búsqueda de compromisos y consensos, obsesión por los resultados, etc.). Ahora bien, todo esto, piensa, obliga a una «reformulación de la doctrina de los partidos». La insistencia de los partidos islamistas en la libertad, la justicia, el desarrollo, la democracia y el Estado civil da fe de esta transformación. Lento pero seguro, un proceso de secularización está en marcha. Pero esta secularización «lejos de marginar lo religioso, permite que, al aislarlo, sea más visible».⁷

Pero no debemos caer en el simplismo: la esfera de influencia islamista resulta variada y heterogénea. En ausencia de un titular legítimo que pueda monopolizar el espacio religioso, «cada cual construye su sistema de normas y valores», de tal suerte que los Hermanos Musulmanes tienen que competir hoy con los salafistas (Al Nur egipcio) y hasta con los «sufíes». Convertidos en actores políticos y no ya en simple fuerza de oposición, los Hermanos Musulmanes se han visto obligados a reconocer la autonomía de la esfera política. Los salafistas, por su parte, se muestran reacios a seguir su ejemplo. Pero, ¿cómo esperan acometer la acción política si no dejan de poner la ley islámica por encima de la ley de los hombres?

Así pues, existe efectivamente un alejamiento del modelo religioso. Y si en la primavera árabe se observa una vuelta de lo religioso, es simple y llanamente «en forma de cuestión identitaria». Pero todo el mundo reconoce que la cuestión religiosa planteada en forma de identidad es perfectamente compatible con la democracia. Olivier Roy pone un ejemplo concreto de este reposicionamiento identitario: «En Quebec, territorio ateo, no se ha suprimido la oración de apertura de las sesiones parlamentarias porque se considera que es un símbolo de la identidad cultural»⁸. Del mismo modo, el debate sobre el crucifijo en las escuelas italianas no remite a cuestiones de fe, sino a la cuestión identitaria italiana.

Una vez llegados al poder, los partidos islamistas deberán dar muestras de su aptitud, ya que, como dice el proverbio árabe, «es en el hipódromo donde se conoce al verdadero jinete» (*fil Midan tchuf el fursan*). Así pues, estos partidos se verán obligados a pasar de la fase social a la fase política, de las consignas fáciles (el Corán es la solución) a la acción

⁶ O. Roy, «L'entrée dans une ère postislamiste», *Esprit*, diciembre de 2011, pp. 107-115.

⁷ *Ibidem*, p. 113.

⁸ *Ibidem*, p. 113.

Panorama

gubernamental (gobernanza, probidad, eficacia, credibilidad, transparencia, etc.). En la vida diaria, la política no funciona con grandes discursos. Los islamistas saben que no se les juzgará por la calidad de sus prédicas religiosas sino por su respeto a las reglas democráticas, por su eficacia económica, por su pericia diplomática y por la transformación social de sus respectivos países. En otras palabras, tendrán que poner la economía en el buen camino, responder a la impaciencia de los jóvenes, asegurar la paz social y abrirse al entorno regional contribuyendo a la solución de los conflictos en suspenso. Todo esto pasa por la búsqueda de amplias alianzas gubernamentales, lo cual requiere una concertación y una negociación permanentes para llegar a compromisos laboriosos y a una política pragmática, flexible y fluida. Las preocupaciones futuras de los partidos islamistas serán sin duda «preocupaciones civiles».⁹ Va a ser necesario primero apaciguar la transición, estabilizar el país, impedir la ruptura con el ejército, y después evitar el efecto potenciador en la escena internacional.

Una vez dicho esto, el mundo árabe es mayoritariamente musulmán y está apegado a la religión. La esfera política seguirá estando, pues, estrechamente vinculada a la religión. Y no cabe la menor duda de que los partidos islamistas, sobre todo los salafistas, una vez llegados al poder, tratarán de centrar la atención en ciertos temas dotados de gran carga simbólica, como el velo, el consumo de alcohol y la enseñanza mixta. Pero también podemos encontrar una evolución semejante tanto en el mundo cristiano (cristianos conservadores en EE UU que se oponen al aborto, y algunos médicos que lo practicaban han sido asesinados), como en el mundo judío (donde los *haredim* de Israel –el 10% de la población total– quieren separar a hombres y mujeres en los transportes públicos).

Así pues, no debemos dejar que nos paralicen las victorias de los partidos islamistas, olvidando las dinámicas profundas que agitan las sociedades árabes. Pero estas dinámicas van en el sentido de «una superación del programa ideológico del discurso islamista».¹⁰ Al fin y al cabo, los jóvenes árabes no han salido a la calle para cambiar el color negro de las dictaduras por el color verde del islamismo: quieren cambiar un color por varios, lo cual constituye la definición misma del pluralismo. Y podemos contar con su vigilancia.

La victoria de los islamistas plantea otra pregunta: ¿cuál será la política exterior de los países árabes dominados por tales partidos? Es indudable que estos partidos intentarán primero defender los intereses nacionales de sus respectivos países. Esto significa que evitarán toda provocación inútil y toda escalada inoportuna. No tienen interés en atemorizar a los turistas ni en disuadir a los inversores. Proseguirán sus relaciones con la Unión Europea, pero exigirán menos paternalismo y más igualdad y reciprocidad. La cuestión de la movili-

⁹ P. Haenni: «Le rôle des islamistes dans les révolutions arabes», *Esprit*, diciembre de 2011, p. 123.

¹⁰ *Ibidem*, p. 125.

dad de las personas en torno al Mediterráneo volverá al orden del día. Tratarán de reactivar la Unión para el Mediterráneo, vehículo de integración regional, pero el formato de cada uno de los proyectos se decidirá en función de sus intereses. Propondrán una asociación euro-árabe para sacar las relaciones euro-árabes de la hipoteca israelí. Todos estos proyectos llamados euro-mediterráneos parecían tener un único objetivo: integrar a Israel aun sabiendo que la presencia de ese Estado, en una situación de no resolución del conflicto, no hacía sino contaminar todas las políticas euro-mediterráneas, como se ha podido comprobar en el caso del Proceso de Barcelona y la Unión para el Mediterráneo.¹¹

La cuestión de Palestina volverá al orden del día. Pero hay que desengañarse: aun en el caso de que la cuestión palestina no fuera una apuesta importante en las movilizaciones populares árabes, no es menos cierto que constituye una herida abierta en la conciencia colectiva árabe y un símbolo de su humillación. ¿Cómo se puede imaginar ni por un solo instante que un Egipto dominado por los Hermanos Musulmanes y una coalición de partidos democráticos pueda seguir siendo insensible a los sufrimientos cotidianos del pueblo palestino, asistiendo, como espectador, a la colonización rampante de los territorios palestinos y árabes y a la “judaización de Jerusalén”, tercera ciudad santa del islam? Por otra parte, ¿no fue una de las primeras decisiones de las nuevas autoridades egipcias, después de la dimisión de Mubarak, abrir la frontera entre la Franja de Gaza y Egipto y trabajar por la reconciliación interpalestina?

Debemos recordar de todos modos que desde la llegada al poder de Anwar el Sadat en Egipto, y sobre todo desde el comienzo del régimen de Mubarak en 1981, es decir, desde hace tres decenios, «la congelación de la cuestión palestina se había convertido en un sello distintivo rutinario del sistema internacional». ¹² Pero esta política de *statu quo* donde nada se movía a excepción de la colonización israelí siempre activa solo era posible gracias a la colusión entre EE UU y sus aliados regionales, sobre todo Egipto y Jordania. Los nuevos dirigentes volverán a poner en tela de juicio esta ecuación. En cuanto a Jordania, sacudida por el viento de la revuelta, será objeto de fuertes presiones internas y no podrá seguir guardando silencio ante la política israelí en los territorios ocupados.

Estados Unidos intentará entablar contacto con los nuevos Gobiernos árabes para asegurarse su apoyo. Están en juego demasiados intereses norteamericanos: abastecimiento energético, libertad de navegación, sobre todo a través del canal de Suez, contención de Irán, preservación del tratado de paz entre Egipto e Israel. Ningún Estado árabe tiene interés en interrumpir los flujos de petróleo, cerrar el canal de Suez o poner en peligro la libertad de navegación. En cambio, en relación con Irán e Israel, podríamos asistir a divergen-

¹¹ B. Khader, *Europa por el Mediterráneo: de Barcelona a Barcelona*, l'Harmattan-Academia-Cermac, París, 2009.

¹² B. Badie, «Le printemps arabe a révélé l'existence d'un islam hétérogène et composite», *Le Monde*, 23 de enero de 2012.

Panorama

cias de puntos de vista. Las nuevas políticas exteriores árabes serán más sensibles a un tratamiento más equilibrado de la cuestión nuclear: ¿por qué tiene que ser Israel el único país de la región autorizado a poseer este arma? La nueva diplomacia egipcia, con el apoyo de los otros países árabes, pondría de nuevo sobre la mesa el proyecto de una zona libre de todas las armas de destrucción masiva. En cuanto al tratado de paz con Israel, no se volverá a poner en tela de juicio, pero Egipto, en particular, será menos complaciente con Israel si este país continúa pisoteando el derecho internacional. Además, cabría esperar un aumento de las presiones de las nuevas diplomacias árabes sobre la Administración estadounidense para sacar el proceso de paz de su larga hibernación y acometer de manera resuelta la creación de un Estado palestino. De lo contrario, no sería descartable que se volviera a poner en cuestión el *statu quo* regional, incluida la anulación de los tratados de paz.

La primavera árabe altera el juego internacional. Las sociedades árabes, al rebelarse, hacen que se muevan las líneas. El antiguo orden, dominado por EE UU, se tambalea: se establecerá un orden nuevo cuyos contornos resulta difícil atisbar en esta fase. La fluidez será el sello distintivo del periodo que se inaugura: no habrá ya alianzas definitivas, sino intereses nacionales que defender. La política exterior de los países árabes no será ya obra de "lacayos" bajo influencia: deberá reflejar el sentimiento popular y servir al interés público.

Riesgos y logros de la transición y el fin del mito de la excepción árabe

El mundo árabe atraviesa un periodo que genera a la vez entusiasmo e inquietud. Es un momento histórico crucial y un momento de ruptura. De manera pacífica y con un admirable sentido de la dignidad, los pueblos árabes han logrado lo impensado y lo impensable. Pero solo están al borde de una nueva era, ya que se encuentran todavía en la fase de la pasión revolucionaria y no en la de la razón democrática; el camino que lleva de una a otra será escarpado y los riesgos, legión. Riesgo de confiscación de la revolución por el ejército, de su recuperación por los fieles al antiguo régimen, de perversión por movimientos "radicales", de corrupción mediante la reactivación de los reflejos regionalistas o tribales. Pero también riesgo de impaciencia de los jóvenes que esperan una mejora de su situación: una economía reactivada, una estabilidad asegurada, una administración eficaz y honesta y apertura a la iniciativa privada.

Todos estos riesgos son reales y no debemos tomárnoslos a la ligera. Pero, a pesar de las incertidumbres y de las hipotecas del futuro, la primavera árabe sigue siendo una buena noticia. Así pues, debemos alegrarnos de lo que ha ocurrido en vez de preocuparnos de

antemano por lo que podría ocurrir. No es cuestión de ingenuidad y de “angelismo”, sino de lucidez. Porque, a pesar de los riesgos, las buenas noticias son numerosas.

Al contrario que las Casandras, que desgranar sus dudas y exhiben sus miedos ante unos acontecimientos todavía en curso, no es superfluo señalar algunos de los grandes logros de la primavera árabe:

1) *Cuatro países árabes se han librado ya de sus déspotas*: Túnez, Egipto, Libia y Yemen. Ben Ali está en el exilio. Mubarak continúa en Egipto, pero es llevado, en camilla, ante un tribunal de su país: algo inédito en la historia contemporánea del mundo árabe. Es cierto que existe el precedente de Sadam Husein, pero su juicio en un Irak bajo ocupación estadounidense se convirtió en un simulacro de justicia. En Yemen, Ali Saleh tuvo que ceder a un plan de transición elaborado por los países del golfo Pérsico y salió del país con destino a EE UU, pero el pueblo reclama su juicio. En cuanto a Gadafi, que calificaba a los rebeldes de “ratas”, fue encontrado en una canalización de alcantarillado y ejecutado sin miramientos.

2) *Un quinto país es sacudido por el viento de la revuelta: Siria*. El régimen de Bachar el Asad resiste, pero a costa de una represión incalificable. Al mismo tiempo, cuenta con la fidelidad de su ejército y de sus múltiples fuerzas especiales al mando de parientes o de fieles. Agita el fantasma de la guerra intercomunitaria o del caos a la iraquí. Se aprovecha de las divisiones de la oposición. Se jacta del apoyo de las minorías confesionales, erigiéndose en su protector. Y cuenta con el apoyo incondicional de Rusia y la complacencia interesada de China.

Para él, los manifestantes sirios son simple y llanamente individuos «fuera de la ley» (declaración del ministro del Interior, 28 de enero de 2012), «agentes» a sueldo de quienes quieren desestabilizar y debilitar Siria, «corazón palpitante del arabismo» y «ciudadela inexpugnable frente al sionismo». Forma parte del juego diplomático de Moscú, que bloquea toda resolución de condena del régimen sirio en el Consejo de Seguridad.

Lo que complica la jugada en Siria es que otros desafíos regionales e internacionales se suman a ella: tensiones entre Irán y los países árabes del Golfo, oposición entre suníes y chiíes, competencia entre EE UU y Rusia. La cuestión siria refleja también los bandos opuestos en el territorio libanés: el Hezbolá chií y el Movimiento 14 de Marzo (cristianos y suníes). El régimen sirio lo sabe y se aprovecha de modo admirable de los miedos y las oposiciones.

3) *No hay excepción argelina*. En el Magreb, Argelia es el país más expuesto al viento de la revuelta que ha soplado en el vecino Túnez. Pero es también el país que mejor se resiste a él. ¿Podría hablarse entonces de una excepción argelina?

Argelia es una sociedad viva y su historia está jalonada por múltiples formas de lucha: lucha por la independencia (1956-1962), huelgas obreras de 1977, movimiento amazigh (abril de 1980) bajo la etiqueta de movimiento cultural bereber, revueltas popu-

Panorama

lares de octubre de 1988 (cerca de 500 muertos), llamamiento a la apertura democrática (1989), aparición en 2001 del movimiento popular de la Cabilia y motines insurreccionales de abril de 2001 (132 muertos), marcha de la Cabilia del 14 de junio de 2001, elecciones legislativas interrumpidas (1992), guerra que enfrentó al ejército con los movimientos islamistas –FIS y GIA– en 1992-1999.

Sin embargo, a pesar de la proliferación de luchas, los movimientos populares han seguido siendo incapaces¹³ de alterar el régimen e instaurar una democracia digna de ese nombre. Argelia sigue dando la impresión de ser un oasis relativamente apacible en medio de las revoluciones. Pero esta impresión es falsa y no refleja la realidad argelina.

En realidad, inmediatamente después de la independencia Argelia emprendió un ambicioso proyecto para asentar la independencia y modernizar el país. Fue la fase de la industrialización “industrializante”, de las reformas agrarias y del furor tercermundista. Un contrato social tácito unía al pueblo con sus dirigentes. Argelia aprovechaba la fibra nacionalista y estaba embargada por una suerte de fiebre tercermundista, y hasta llegó a convertirse en paladín de las causas de los pueblos oprimidos por el colonialismo y un orden económico injusto.

Pero la crisis económica de finales de la década de 1970 rompió el contrato social del Estado poscolonial: las primeras revueltas obreras estallaron en 1977. Los programas de ajuste estructural impuestos a los países del Magreb condujeron a los “motines del pan”. En Argelia, estos motines adoptaron la forma de una verdadera revuelta, aplastada de manera sangrienta con cientos de muertos (1988). El presidente Chadli Ben Yedid respondió a las protestas con una apertura del sistema político. La nueva constitución consagró el principio del pluralismo político. El paisaje político se diversificó con la aparición del Frente de Liberación Nacional, partidos democráticos (FFS y RCD) y partidos islamistas (sobre todo FIS). En las elecciones legislativas de diciembre 1991, el FIS resultó vencedor. «Para los dirigentes militares, la transición política se convierte en sinónimo de amenaza», escribe Luis Martínez.¹⁴ Se impidió la transición con el pretexto de que «los islamistas serían un peligro para la nación».¹⁵ Temiendo convertirse en el chivo expiatorio de un movimiento de contestación islamista que le reprochaba estar corrompido y haber traicionado los ideales sociales del país, el ejército provocó la dimisión de Chadli Ben Yedid e interrumpió el proceso electoral. El país se precipitó en la violencia.

Aprovechando su pasado en la resistencia argelina, Buteflika fue elegido presidente en 1999 con el objetivo declarado de poner punto final a la tragedia argelina que había ensangrentado el país desde 1992 hasta 1999. Y en este terreno, forzoso es reconocerlo, ha ganado su apuesta. En cuanto a la apertura del sistema político, no se atisba nin-

¹³ S. Larabi, «Algérie: impuissance des mouvements populaires», *États des résistances dans le Sud - 2010: Monde arabe*, col. Alternatives Sud, Éditions Syllepse/Centre Tricontinental, Paris, 2010, pp. 133-139.

¹⁴ L. Martínez, «Maghreb: vaincre la peur de la démocratie», *Cahier de Chaillot*, n° 115, abril de 2009, p. 19.

¹⁵ L. Abdi, «Le régime algérien après les révolutions arabes», *Mouvements des idées y des luttes*, La Découverte, Paris, 2011, n° 66, p. 92.

gún signo en el horizonte. Y si bien Buteflika no aspirará a un cuarto mandato presidencial, será más porque está enfermo que porque haya aprendido las lecciones de sus vecinos tunecino y libio. En efecto, Argelia, aun habiendo sido sacudida por protestas democráticas periódicas, pasa por ser un «dinosaurio en la región».¹⁶ Pero ¿qué es lo que aísla a Argelia de las evoluciones de su región? ¿Por qué esta aparente desmovilización del pueblo argelino?

En primer lugar, el trauma de la guerra de liberación (1956-1962), del aplastamiento con derramamiento de sangre de la revuelta popular en 1988 y de la guerra que enfrentó al ejército argelino con los movimientos islamistas durante la década de 1990 y que causó al menos 150.000 muertos. Escaldados por las tragedias del pasado, los argelinos son reacios a embarcarse en una revuelta cuyo desenlace consideran incierto.

Otro factor es la división de los partidos opositores. La oposición suele estar controlada por partidos cuyos objetivos, orientaciones ideológicas y agendas no son compartidos. Las revueltas tienen dificultades para producir un “efecto de masa”.

A diferencia del ejército tunecino, que permaneció al margen del sistema de Ben Ali y que fraternizó con el pueblo tunecino y lo protegió, el ejército argelino es la base del régimen y su principal beneficiario. Es, por tanto, muy dudoso que pueda adoptar un perfil bajo o siquiera fraternizar con un pueblo en rebeldía. Esta es, sin duda, la maldición argelina.

Todas estas razones explicarían la inercia del régimen argelino. Pero de ahí a afirmar que el pueblo argelino es indiferente a lo que sucede en la región y que está totalmente desmovilizado y desanimado es negar que la sociedad argelina está en ebullición. El descontento es general. El desempleo alcanza tasas inquietantes. La válvula migratoria se cierra. Entre 1990 y 2000, «la moneda local perdió ocho veces su valor, mientras que los salarios no habían aumentado en la misma proporción».¹⁷ En una palabra, las perspectivas de desarrollo son limitadas. Todo esto produce una gran efervescencia social pero que tiene dificultades para encontrar una traducción política. No se acaba de entender, pues, cómo, en vísperas del 50 aniversario de su independencia, en 2012, Argelia puede permanecer al margen de este gran despertar árabe. Pero, por ahora, la reivindicación no tiene por objeto el cambio de régimen, sino que adopta el modo de las reivindicaciones culturales, sectoriales y corporativistas.

No es menos cierto que la primavera árabe se ha instalado ya en la mente de los argelinos. El régimen es consciente de ello. Y así, para evitar la inflamación y desactivar la ira, interviene en todos los frentes: anuncia una serie de reformas, gasta sin medida para comprar la paz social (subvenciones a los productos de primera necesidad, revalorización de las pensiones y de las jubilaciones, aumentos de los salarios, etc.), hace uso de todas las artimañas, en particular mediante una represión más subterránea y selectiva.

¹⁶ J. Garçon, «Un régime immobile au milieu des tempêtes», *Esprit*, diciembre de 2011, p. 101.

¹⁷ L. Abdi, artículo citado, p. 93.

Pero el régimen está atrapado en sus propias contradicciones: no puede permanecer inmóvil en una región que se mueve, pero no puede abrirse porque la apertura podría llevárselo por delante.

Es evidente que la primavera árabe afecta al régimen argelino. Y el hecho de que el régimen multiplique las medidas de precaución para prevenir o amortiguar el contagio demuestra a las claras que es «imposible disociar [el futuro de Argelia] del futuro de las revueltas árabes»,¹⁸ y como recuerda Lahouari Abdi, «el régimen crea un vacío político que le resultará fatal con los cambios en la región».¹⁹

- 4) *No hay excepción monárquica*. Se trata de otra idea preconcebida. Tanto si son petroleras como si no lo son, las monarquías no están protegidas ni por sus títulos de nobleza (descendencia de la familia del profeta, guía de los creyentes o custodia de los santos lugares), ni por la antigüedad de su dinastía, ni por el vínculo simbiótico entre las poblaciones y sus monarcas, ni por los petrodólares o las múltiples rentas de las que se benefician (en particular la renta de las alianzas exteriores).

Pero, a diferencia de las repúblicas, a las monarquías se las considera todavía legítimas. La alternancia biológica es la norma. Como recuerda Abdel Wahab Meddeb, «son monarquías que funcionan como monarquías».²⁰ Nadie, o casi nadie, reclama la salida de los reyes. La palabra *fuera* está ausente de las consignas que se corean en las calles de Rabat o Ammán. Lo que las sociedades árabes rechazan con fuerza son las repúblicas hereditarias que funcionan como monarquías.

Pero la patrimonialización del Estado es también un hecho monárquico. ¿Se conoce con exactitud cómo se gasta el presupuesto saudí y qué parte corresponde al monarca y a los miles de príncipes saudíes y de tribus aliadas? ¿Se ha calculado la fortuna del rey de Marruecos y se ha contado el número de empresas y de *holdings* que le pertenecen? ¿De dónde proviene el presupuesto de la monarquía jordana? Es cierto que el reino de Jordania no acumula unos recursos considerables, pero es un “mendigo rico”. La transparencia económica no es, pues, el punto fuerte de las monarquías, y los secretos están bien guardados.

No es este el único motivo de descontento: todos los regímenes monárquicos, en diversos grados, están expuestos a los mismos problemas sociales agudos: desempleo rampante, escasa apertura del sistema político, desigualdades sociales y regionales, desigualdad entre los sexos. Algunos países monárquicos, como Marruecos, registran una tasa de analfabetismo que raya en el escándalo (40%) y tienen dificultades para reducir las elevadas tasas de desempleo, incluido el de los parados titulados. Otros, como el régimen saudí, tienen un sistema político fiscalizado y deben hacer frente, a pesar del maná del petróleo, a un desempleo nacional que puede superar el 15%. La situación es más

¹⁸ J. Garçon, artículo citado, p. 116.

¹⁹ L. Abdi, artículo citado, p. 97.

²⁰ En *Jeune Afrique*, 17-20 de abril, 2011, p. 35.

compleja si cabe en Jordania, donde a los problemas sociales de corrupción y desempleo se suman los problemas vinculados a las relaciones jordano-palestinas en el interior del reino –donde los palestinos constituyen probablemente más del 60% de la población total–, a la relación del país ante Israel y a la dependencia casi estructural de EE UU.

Hasta hace solo un año, Occidente trataba con un *jefe*, y ahora tendrá que aprender a tratar con *pueblos*. Debemos prepararnos para un reciclaje difícil, pero saludable. La relación se asentará sobre unas bases mejores: intereses recíprocos y valores comunes

Las sociedades árabes han derribado el muro del silencio y del miedo

El espectáculo de unos jóvenes árabes que desafían a su régimen a costa de su martirio es absolutamente fascinante. Con un valor inaudito y un sentido de la dignidad sin igual, las revueltas democráticas de los jóvenes árabes se citan como ejemplo de movimientos populares espontáneos que aglutinan a todas las capas sociales y le han surgido ya imitadores. Esta primavera árabe marcará una época, como la revolución francesa de 1848 y la caída del Muro de Berlín en 1989. Su efecto de demostración se deja sentir ya en las capitales extranjeras, como atestiguan las movilizaciones de los indignados españoles o el movimiento Occupy Wall Street. Es cierto que no existe una relación de causa a efecto, pues las reivindicaciones son diferentes, pero sí hay un efecto de emulación. Se observa en las formas de la movilización social, en la utilización de tecnologías modernas como las redes sociales, en el modo pacífico de manifestación. Es cierto que las consignas son diferentes ya que las revoluciones árabes se dirigían contra los regímenes considerados autoritarios, represivos y corruptos, mientras que los movimientos de los indignados reclaman más igualdad social, más eficacia gubernamental y más oportunidades.

Si los indignados reclaman más justicia, los jóvenes árabes reclaman libertad y justicia. Por consiguiente, las revoluciones árabes se diferencian de las simples revueltas obreras que han salpicado la historia reciente de los países árabes: las revueltas obreras de Argelia en 1977, la protesta de Gafsa (Túnez) en 2008 y las revueltas en el sector textil y algodonero de la ciudad de Mahalla, en Egipto, durante la década de 2000. En cierto modo, las revoluciones democráticas árabes, por su carácter masivo y espontáneo y por su lógica amotinadora, integran las reivindicaciones obreras, superándolas para englobar reivindicaciones más generales: quiere decirse, por tanto, que son a la vez revoluciones democráticas y revoluciones sociales.

Además, por su carácter pacífico, con la excepción del caso especial de Libia, las revoluciones árabes han introducido un modo de lucha especial y eficaz: *al-muthahara al silmiyya* (la manifestación pacífica). Este modo de lucha responde a dos imperativos: no caer en la trampa tendida por el régimen autoritario atacándolo en términos de relación de fuerzas, y no militarizar un movimiento social, pues lo único que se conseguiría de ese modo sería debilitarlo y agotarlo. Ayari y Geisser cuentan a este respecto cómo en Yemen «algunos jefes de tribus llegaban incluso a despojarse de sus sables antes de ir a manifestarse», mientras en Túnez, añaden: «las pistolas automáticas que eran sustraídas a la policía eran devueltas sistemáticamente al ejército republicano».²¹

Los jóvenes árabes han entrado en la modernidad por la puerta grande

Las consignas coreadas son modernas: justicia, dignidad, democracia. Los medios de comunicación y de información han permitido la constitución de un espacio común de la información, de un espacio público compartido. Millones de jóvenes árabes están inscritos en Facebook y tienen acceso a internet. Gracias a los nuevos medios, sobre todo internet, los ciudadanos han comenzado a formar su propia conciencia, a individualizarse y a liberarse de las jerarquías verticales.

Pero los jóvenes no se han contentado con refugiarse en la virtualidad digital: han dejado sus pantallas para salir a la calle. Como dice Benjamin Stora, «limitarse a calificar esta revolución de “ciber-revolución” es reducirla a un aspecto y subestimar la dinámica política y social».²² Lo excepcional ha sido, sobre todo en las revoluciones tunecina y egipcia, «el paso de la soledad del internauta [...] a la euforia colectiva», pues el vínculo colectivo se crea en el mundo real y no en el virtual. No han sido, pues, las nuevas tecnologías en sí mismas las que han hecho las revoluciones, sino «su uso por redes sociales múltiples combinadas con formas muy físicas de compromiso, que ponían en peligro la vida de quienes se arriesgaban a usarlas».²³

Así pues, debemos distinguir tres cosas: el internauta solitario, la red social que crea el vínculo colectivo virtual y el compromiso —es decir, la toma de posesión del ágora— que crea el vínculo colectivo real y el sentimiento de ciudadanía. Para decirlo en términos sencillos: la pantalla de internet hace al individuo, pero el ágora hace al ciudadano. Porque es cuando se invade el espacio público cuando la muchedumbre se vuelve simbiótica, una suerte

²¹ M. Béchir Ayari y Vincent Geisser, *Renaissances arabes: 7 questions clés sur des révolutions en marche*, Les éditions de l'Atelier, Paris, 2011, p. 24.

²² B. Stora, *Le 89 arabe: réflexions sur les révolutions en cours*, Stock, Paris, 2011, p. 46.

²³ Ayari y Geisser, *op. cit.*, p. 14.

de «muchedumbre-comunidad en la que todas las distancias desaparecen, la igualdad se impone, el individuo deja su lugar a un ser común»,²⁴ a un ser colectivo ciudadano. Por consiguiente, hablar de «determinismo tecnológico», sobrevalorando el papel de las nuevas tecnologías en las revoluciones árabes, sería un error burdo, ya que esto conduciría casi «a deslegitimar el carácter popular de estas revoluciones, reduciéndolas a obra de jóvenes blogueros pacíficos pertenecientes a cierta élite urbana».²⁵ Podría conducir incluso a negar el carácter endógeno y auténtico de estas revoluciones al sospechar que los blogueros árabes eran los instrumentos de un complot urdido en Washington para provocar la caída de regímenes, desde luego aliados, pero incubadores de violencia y de radicalización. Además, conduciría a confundir los gérmenes de la revolución con los simples instrumentos de su propagación. Por último, daría a entender que el *modus operandi* de la “revolución de Facebook” es el mismo en todos los países árabes. Pero la movilización popular en Libia o en Yemen debe poco a este *modus operandi*. Todo esto demuestra a las claras que las tecnologías por sí solas no hacen la revolución y que es la combinación de actor, vínculo y acción lo que conforma, sin lugar a dudas, el carácter inédito de la primavera árabe.

Más importante ha sido el papel de las cadenas de televisión por satélite árabes. Estas emisoras no solo han permitido romper el monopolio de la información que ejercían los regímenes autoritarios, sino que también han contribuido a informar de los acontecimientos en tiempo real y a difundir las imágenes en todo el mundo. A este respecto, el papel de la cadena qatari Al Yazira ha sido el más notable.

No sé si los occidentales son lo bastante conscientes de la importancia de esta cadena en el espacio mediático árabe. Por una parte, por utilizar una lengua común, estar radicada en un país árabe y haberse beneficiado de un espacio de libertad, por reclutar sus efectivos en todos los países árabes y de todas las tendencias ideológicas, Al Yazira no ha tardado en sobrepasar e incluso eclipsar a los medios nacionales. De este modo, ha abolido las fronteras entre los pueblos árabes y ha contribuido de este modo a forjar un sólido sentimiento identitario común. Por otra parte, al ofrecer a las oposiciones árabes, en muchos casos clandestinas o exiliadas, la posibilidad de expresarse y de darse a conocer, al multiplicar los debates contradictorios, al dar muestras de una profesionalidad indiscutible, es indudable que Al Yazira ha «contribuido a preparar el terreno para las revoluciones en curso».²⁶

Acusada sucesivamente de dar la palabra a los responsables israelíes, de estar cerca de la esfera de influencia islamista, de levantar a los pueblos contra sus dirigentes, de alentar el antiamericanismo popular en la región, Al Yazira no ha cambiado nunca su línea edi-

²⁴ J. Baughard: «Révoltes et révolutions arabes: contagion et transition», *Moyen-Orient*, julio de 2011, p. 53.

²⁵ Ayari y Geisser, *op. cit.*, p. 36.

²⁶ A. Belkaid, «Etre arabe aujourd'hui», *Carnets Nord*, París, 2011, p. 100.

Panorama

torial. Al mismo tiempo, se ha impuesto como herramienta imprescindible en el paisaje mediático transnacional, por lo que ha dejado de ser un fenómeno árabe para ser también un fenómeno planetario que rivaliza incluso con la cadena CNN, a la que arrebató el protagonismo a lo largo de 2011. ¿Es casual que la audiencia de la versión inglesa de Al Yazira aumentase en EE UU en un 2.500% entre el 28 y el 31 de enero de 2011, llegando a casi 1,6 millones de espectadores estadounidenses?²⁷

Y dicho esto, no ha sido Al Jazira la que ha hecho la revolución árabe, pero ha desempeñado un papel de amplificador. «Esos millones de árabes que desfilan por las calles, los hemos formado nosotros. [...] Cuesta imaginar esta revolución sin Al Jazira», explica Mohamed Krichen, uno de los fundadores de Al Jazira.²⁸ Puede parecer un alegato *pro domo*, pero esta declaración no está muy lejos de la verdad.

La primavera árabe ha modificado los imaginarios colectivos

Al ser preguntado por una cadena de televisión belga por lo que sentía después de la caída de Mubarak, el trabajador inmigrado de origen marroquí pronunció esta frase: «Por fin estoy orgulloso de ser árabe». La primavera árabe ha cambiado el concepto que tenían los árabes sobre sí mismos.

Pero también ha modificado la imagen al uso que tenía Occidente del mundo árabe. Durante todo 2011, los medios de comunicación occidentales han dejado de fijarse en el velo, el burka, la carnicería *halal*, Al Qaeda, o los piratas somalíes. Tanto en la prensa escrita como en los informativos de televisión, las manifestaciones árabes se han mostrado, analizado, debatido. La palabra «árabe» ha eclipsado la vieja cantinela sobre el mundo «árabe-musulmán».

El concepto de la gente corriente también ha cambiado. Se ha producido una mayor empatía hacia unos pueblos que se levantan contra la dictadura y corean consignas modernas (libertad, dignidad, democracia). Más admiración por esos jóvenes árabes que se atreven a desafiar el peligro. Más asombro también ante unas sociedades árabes en marcha, cuando se las imaginaba inertes y adormecidas. En una palabra, la primavera árabe ha *humanizado* la mirada de los otros. «Al final, son simpáticos, son como nosotros; se manifiestan en paz, reclaman la justicia y el derecho...».²⁹ Estas reacciones, oídas aquí y allá,

²⁷ Según *The New York Times*, citado por Jules Crétois, «Al-Jazeera: révolution sur petit écran», *Tel Quel*, Marruecos, 10-12 de febrero de 2011.

²⁸ Citado por Benjamin Barthe, «Al-Jazira: téléévolution», *Le Monde*, 7 de marzo de 2011, p. 14.

²⁹ H. Abidi, *Manifeste des arabes*, Encre d'Orient, París, 2011, p. 94.

son reveladoras del cambio del concepto sobre los árabes. Por eso el Mediterráneo recupera su vocación de mar-madre (*mer-mère*; la expresión es de Edgar Morin) mientras islamófobos y xenófobos de toda laya quieren convertirlo en una barrera entre “nosotros” y “ellos”.

La primavera árabe obliga a EE UU, y sobre todo a Europa, a revisar su política de complacencia, y aun de colusión, con los dictadores árabes. Porque es probable que haya pasado el tiempo en que los regímenes árabes no eran más que peones, manipulables a merced, con la única función de esquilmar a sus pueblos y cumplir funciones internacionales: gendarmes del *statu quo*, centinelas antimigratorios que ejercían una labor policial a distancia, o escudos antiterroristas.

Con su valentía, las sociedades árabes han demostrado la vacuidad y la ineptitud de las tesis culturalistas sobre la supuesta “excepción árabe”. Han demostrado la fuerza de los pueblos cuando se levantan y derriban el muro del miedo

En el futuro asistiremos a una mayor autonomización de las políticas exteriores árabes y a una liberación gradual de las misiones que tradicionalmente se confiaban a los regímenes árabes. No habrá ruptura ni con EE UU, ni, *a fortiori*, con los países de la Unión Europea. Pero es indudable que habrá una exigencia de igualdad y respeto. Hasta hace solo un año, Occidente trataba con un *jefe*, y ahora tendrá que aprender a tratar con *pueblos*. Debemos prepararnos, pues, para un reciclaje quizá difícil, pero saludable, pues la relación se asentará sobre unas bases mejores: intereses recíprocos y valores comunes.

A modo de conclusión

¿Cabe afirmar que desde 2011 el mundo árabe ha entrado en una nueva era? La respuesta es afirmativa. Recuérdese la rapidez con que la chispa de la inmolación de Buazizi inflamó al conjunto de los países árabes. Jefes de Estado a los que se consideraba indestronables han sido descabalgados. Otros vacilan. Y otros tiemblan en su pedestal y para mantenerse en él tienen que multiplicar las promesas de reformas, distribuir subsidios, empleos públicos y favores.

En estas revoluciones a la vez sociales y democráticas, los jóvenes (que constituyen el 45% de la población total de los países árabes, 360 millones) han sido la punta de lanza. Cultivados y menos cultivados, conectados o no, dotados de un valor asombroso, han toma-

Panorama

do posesión del espacio público con un vínculo simbiótico y un impulso ciudadano. Su movilización es espontánea, cívica, pacífica, suprapartidista, sin jefes, sin control. Por eso han logrado lo impensable: deshacerse de varios dictadores, algo que Bin Laden y compañía, con toda su violencia ciega, nunca lograron hacer realidad. En cierto modo, merced a su movilización colectiva y pacífica, los jóvenes árabes habían matado ya a Bin Laden, política y simbólicamente, antes de que EE UU lo eliminara físicamente. Es sin duda uno de los logros de la primavera árabe.

El otro logro es el «instinto de la libertad».³⁰ Y el instinto de la libertad es contagioso, porque está en el corazón de las aspiraciones populares más profundas. Estas aspiraciones tienen causas profundas: el cansancio general de regímenes gastados, envejecidos, represivos y predadores, el sentimiento de vergüenza y humillación de ser gobernados por despotas sin categoría, y la impaciencia de los jóvenes ante una situación bloqueada.

Por eso la primavera árabe se vive como un orgullo recuperado, como una revolución de la dignidad. El concepto de los árabes sobre sí mismos ha cambiado. De pronto, incluso el de los otros se ha vuelto más atento, más emotivo, casi empático.

Con su valentía, las sociedades árabes han demostrado la vacuidad y la ineptitud de las tesis culturalistas sobre la supuesta “excepción árabe”. Han demostrado la fuerza de los pueblos cuando se levantan y derriban el muro del miedo. Han aportado la prueba de que si bien su lucha es nacional, su identidad colectiva es árabe. Así pues, lo que está en juego en el mundo árabe no es solo la democracia en los Estados, sino la independencia de toda la región.

Naturalmente, los países árabes están hoy en la fase de efervescencia, y en algunos casos en plena pasión revolucionaria, y no en la etapa democrática, y el tránsito de una fase a otra será tortuoso y, en ocasiones, arriesgado. Riesgo de confiscación, de recuperación, de secuestro, de perversión. Y riesgo de incertidumbre y de duda.

Pero sean cuales sean los riesgos, las incertidumbres y las hipótesis, el mundo árabe no será ya el mismo.

³⁰ A. Wahab Meddeb, en *Jeune Afrique*, 17-30 de abril de 2011, p. 34.